

Éste era un viudo que tenía una hija ya mayorcita y muy guapa. Enfrente de ellos vivía una viuda que también tenía una hija, pero que era muy fea. La viuda le estaba diciendo siempre a la hija del viudo:

—Oye, María, ¿por qué no vas y le dices a tu padre que se case conmigo? Así tú y mi hija seréis buenas amigas y yo te daré sopita de miel.

María fue y se lo dijo a su padre:

—Padre, cásese usted con la vecina, que me dará sopita de miel.

—No, hija mía —contestó el padre—. Que primero te dará sopita de miel y después sopita de hiel.

La muchacha no se quedó muy conforme, y tanto insistió, que al fin su padre consintió en casarse con la viuda.

Al poco tiempo de vivir juntos la madrastra empezó a maltratar a María. Le obligaba a hacer todas las cosas: ir por agua, lavar, limpiar, y siempre la tenía en la cenicera, mientras que a su hija no la dejaba hacer nada. María se lo dijo a su padre y su padre le contestó:

—Ya te lo decía yo, que primero te daría sopita de miel y después sopita de hiel.

Conque un día mandó la madrastra a la muchacha a lavar una montaña de ropa toda llena de tizne, y sólo con un trocito de jabón. También le dio un puchero de sopa para que comiera y le dijo:

—Cuando vuelvas, tienes que traer toda la ropa muy limpia, dos libras de jabón y el puchero lleno de sopa.

Se fue María muy triste para el río, pero por el camino se encontró a una viejecita que le preguntó:

—¿Por qué vas tan triste, hija mía?

María se echó a llorar y le contó lo que le pasaba. Entonces la viejecita le dijo:

—Pues tú no te apures. Toma esta cesta y mete en ella la ropa y el jabón. Después te

comes la sopa y después miras al cielo. Entonces te concederé tres gracias: que, cuando te peines, caigan perlas; que, cuando te rías, caigan rosas, y que, cuando te metas la mano en el bolsillo, halles siempre dinero.

La muchacha hizo cuanto le había dicho la viejecita. Cuando levantó la cabeza para mirar al cielo, se le puso una estrellita de oro en la frente y, cuando volvió a mirar en la cesta, ya estaba la ropa muy blanca y además había dos libras de jabón. Y cuando se comió el puchero de sopa, éste se volvió a llenar en seguida.

Cogió la niña todas las cosas y se fue a su casa. Cuando la madrastra la vio llegar con todo lo que le había mandado y con una estrellita de oro en la frente, le preguntó que cómo había conseguido aquello. Y María se lo contó todo: desde que se encontró con la viejecita hasta que volvió a la casa. La madrastra, muy envidiosa, llamó a su hija y le dijo:

—Mañana sin falta vas tú con la ropa al río para que vuelvas con una estrellita de oro en la frente.

Al día siguiente, la madrastra le dio a su hija un montón de ropa, pero no sucia, sino limpia, y por eso la viejecita se dio cuenta de lo que pasaba. La hija de la madrastra se encontró con ella, y ella dijo todas las cosas equivocadas; que primero tenía que mirar al cielo, luego comerse el puchero y luego meter la ropa y el jabón en el cesto. Así lo hizo la hija de la madrastra, y en cuanto miró al cielo le cayó un rabo de burro en la frente y allí se le quedó. Cuando fue a comer, el puchero estaba vacío; luego la ropa estaba negra y no había jabón por ninguna parte. Así se tuvo que ir a su casa llorando venga a llorar y cada vez más fea, con aquel rabo de burro en la frente.

Cuando la madre la vio llegar, se puso rabiosa y desde ese momento determinó tratar a María cada vez peor y tenerla siempre en la cenicera para que no la viera nadie. Pero la gente ya le decían «Estrellita de Oro»; a la otra «Rabo de Burro», y se reían de ella.

Una vez tuvo que ir el padre a un viaje muy largo y les preguntó a sus hijas que qué querían que les trajera. Rabo de Burro le pidió que le trajera un traje, unos zapatos y un sombrero de plumas. Estrellita de Oro dijo que sólo quería que le trajera una ramita del primer árbol que encontrara por el camino.

Se marchó el padre, y al primer árbol que vio fue y le cortó una ramita y se la guardó. En la ciudad compró todas las cosas que le había pedido su hijastra. Así, cuando volvió, entregó a sus hijas todo lo que le habían pedido.

Poco tiempo después se empezó a celebrar en el palacio del rey un gran baile que iba a durar tres noches para que el príncipe pudiera elegir una novia para casarse. Entonces la madrastra arregló muy bien a Rabo de Burro con el traje, los zapatos y el

sombrero de plumas, mientras que a Estrellita de Oro le echó lentejas en las cenizas, le dijo que no saliera de allí hasta que las limpiara, y además la dejó encerrada. Pero Estrellita de Oro cogió la rama de árbol que le había traído su padre, y que era la varita de las siete virtudes, y dijo:

—Varita de virtud, por el poder que tú tienes, que vengan los pajaritos a ayudarme.

Al instante se presentaron muchos pajaritos y le limpiaron las lentejas en un momento. Luego le pidió a la varita de siete virtudes un vestido de plata con encajes y unos zapatos de oro para ir al baile. Inmediatamente lo tuvo todo allí; se vistió y se fue por la chimenea.

Cuando llegó al palacio, el príncipe se fijó en ella y le pidió un baile. Luego otro, y así todo el tiempo, de manera que estuvo bailando toda la noche con ella sin hacerles caso a las demás. Se enamoró de Estrellita de Oro y le pidió que se casara con él. Pero Estrellita de Oro le dijo que ya le contestaría, porque era muy tarde y tenía que irse. El príncipe quiso acompañarla hasta su casa, pero Estrellita de Oro aprovechó un descuido y desapareció.

Al llegar a casa, le dijo a la varita de siete virtudes:

—Varita de virtud, por el poder que tú tienes, devuélveme a mi anterior estado.

Al momento volvió a quedar con su ropa sucia y todo como antes.

Rabo de Burro y su madre llegaron poco después del baile y venían diciendo:

—¡Ay, qué muchacha más bonita estaba en el baile! ¿Quién será, quién no será?

Y Estrellita de Oro nada decía.

Llegó la segunda noche y volvió a ocurrir todo como la noche anterior, y llegó la tercera y ya el príncipe no quería descuidarse para que Estrellita de Oro no se le escapara. Pero ésta, cuando llegó la hora, echó a correr tan deprisa, que se le cayó un zapato. El príncipe se agachó a cogerlo y, cuando se volvió a levantar, ya no vio a la muchacha. Se puso muy triste y publicó un bando diciendo que se casaría con la que fuera dueña del zapato.

Fueron sus criados por todas partes, probando el zapato a todas las muchachas, pero a ninguna le estaba bien, a pesar de que algunas se cortaban un dedo y otras hasta dos. Por fin llegaron a casa de Rabo de Burro y ésta se cortó medio pie, pero ni así le vino bien el zapato. Preguntó el príncipe si no habrá otra muchacha en la casa, y contestó la madrastra que no, que sólo quedaba la que estaba siempre en la cenicera, pero que era muy fea y muy sucia.

El príncipe dijo que la llamaran y, cuando apareció Estrellita de Oro, ya venía con el traje de plata con encajes, y todos se quedaron maravillados. Se probó el zapato y le quedó bien. Dijo entonces el príncipe que se casaría con ella, pero que lo esperase allí, porque tenía que volver a recogerla con la comitiva para llevarla al palacio.

En cuanto el príncipe se marchó, dijeron la madrastra y su hija:

—A ésta la matamos.

La cogieron y se la llevaron al campo arrastrando y allí, sobre una piedra, la golpearon hasta que la creyeron muerta. Luego le sacaron los ojos y la lengua y la abandonaron.

Poco después pasó por allí un pastor de ovejas, y como se encontró a la niña chorreando sangre, aunque no estaba muerta, la cogió y se la llevó a su choza, con su mujer. Entre los dos la cuidaron y la limpiaron muy bien. Al cabo de algún tiempo la niña se puso buena, aunque no veía ni podía hablar. Un día se metió la mano en el bolsillo y la sacó llena de dinero y se lo entregó al pastor. Como adivinó la cara de sorpresa que puso el hombre, se echó a reír y al momento cayeron muchas rosas. Por señas le dijo al pastor que fuera a venderlas, pero que no las vendiera por dinero, sino por una lengua.

Bajó el pastor al pueblo y se puso a pregonar:

—¡Rosas, vendo rosas!

Rabo de Burro lo oyó desde su casa y dijo:

—¿Rosas en este tiempo? Madre, cómpremelas usted, que ahora nadie las tiene.

Llamaron al pastor y le preguntaron que cuánto valían las rosas. Pero el pastor dijo que no quería dinero, sino sólo una lengua. Rabo de Burro le dijo a su madre:

—¿Por qué no le damos la lengua de Estrellita de Oro, que la tenemos guardada?

Y la madre respondió:

—No, hija. Que eso puede tener resultado.

Pero tanto insistió la hija, que al fin consintió la madre. Volvió el pastor a su choza muy contento y le entregó la lengua a la muchacha. Ésta, con ayuda de su varita de virtud, se la puso y en seguida empezó a hablar. Otro día la mujer del pastor estaba peinando a la niña y cayeron perlas. Estrellita de Oro le dijo al hombre que fuera a venderlas, pero que sólo las entregara a cambio de unos ojos.

Otra vez bajó el pastor al pueblo, se puso a pregonar sus perlas, y otra vez Rabo de Burro consiguió de su madre que le comprara las perlas con los ojos de Estrellita de Oro, que también tenían guardados.

Cuando el pastor regresó a su choza y le entregó los ojos a la muchacha, ésta dijo:

—Varita de virtud, por la gracia que tú tienes, que me pongas mis ojos como los tenía antes.

Así ocurrió y Estrellita de Oro volvió a ver. Entonces pudo escribirle una carta al príncipe contándole todo lo que había pasado y pidiéndole que viniera por ella. El príncipe se alegró y se sorprendió mucho, porque las otras le habían contado que Estrellita de Oro se había escapado de la casa para no tener que casarse con él. Fue por ella corriendo, se arreglaron las bodas y se casaron. El príncipe le preguntó después a su mujer que qué castigo quería que les pusiera a su madrastra y a Rabo de Burro. Estrellita de Oro dijo que ninguno, porque ella las perdonaba. Pero el príncipe mandó que las detuvieran, que las ahorcaran y que echaran sus cuerpos en una caldera de aceite hirviendo. Y así se hizo.

Y aquí se acabó el cuento con pan y pimienta, y el que levante el culo se encuentra un duro.